

EL CARISMA: ORÍGENES, IDENTIDAD, ELEMENTOS ESENCIALES

I. Carisma josefino y memoria encarnada

Todo grupo humano necesita releer su pasado para poder responder a los desafíos de su presente y proyectar el futuro¹. La fidelidad a los orígenes no se basa en la repetición de fórmulas ni la conservación de espacios ni en la perpetuación de prácticas. La fidelidad está en la capacidad de leer toda la herencia recibida y resignificarla en el hoy.

Este proceso lleva muchas veces a abandonar prácticas antes muy apreciadas o a ubicarse en nuevos espacios. Lleva también a descubrir en esa mirada nuevos significados, experiencias o caminos que no se habían transitado en los orígenes, pero que ahora se descubren como imprescindibles para ser fieles al legado recibido.

Esto es así, porque toda experiencia transformadora y significativa en la historia no desarrolla todas sus potencialidades en el momento de su aparición. Cada generación que asume y pretende vivir esa experiencia en su nuevo contexto, ha de releer desde su situación los elementos que configuran la experiencia fundante². Nuestro camino de encuentro con la vocación laical josefina se inserta también en ese camino de relectura fiel de nuestro pasado y en concreto del carisma recibido.

El proyecto josefino que llevamos entre manos, Laicos/as Josefinos/as y Siervas de San José, se asienta en una experiencia del Espíritu concreta y peculiar que brotó en la vida y de la fe de Bonifacia y Butinyà y que se encarnó en un proyecto fraguado en la primera comunidad josefina. Pero ellos no vislumbraban siquiera los cambios sociales y eclesiales que nosotras/os vivimos y estamos viviendo. Ellos no supieron del concilio Vaticano II ni de las nuevas teologías ni de la cosmovisión que nosotras experimentamos. Ellos vivían en un marco de comprensión de la realidad y de la fe muy diferente de nuestro y en el taller histórico de Bonifacia se desarrolló el carisma de acuerdo con la cultura y los desafíos sociales y eclesiales de la España del siglo XIX.

La vocación laical josefina no se visibilizó en los primeros momentos del taller tal como hoy la reconocemos, ni se integró en el proyecto carismático del mismo modo que hoy sentimos que tiene que hacerlo. Pero esto no quiere decir que el proceso de integración SSJ-Laicos/as que queremos llevar a cabo (OE 3) sea algo añadido por los nuevos tiempos o sencillamente añadido por los cambios modernos. Decía Pablo VI en la apertura de la segunda sesión del Concilio Vaticano II:

“No hay que extrañarse si, después de veinte siglos de cristianismo...el concepto verdadero, profundo, completo de la Iglesia, como Cristo la fundó y los apóstoles la comenzaron a construir, tiene todavía necesidad de ser anunciado con más exactitud. La

¹ ANA UNZURRUNZAGA HERNÁNDEZ, “Las mujeres como portadoras y creadoras de memoria de los orígenes (Lc 24,1-11) en CARMEN BERNABÉ UBIETA (ED.), *Con ellas tras Jesús. Mujeres modelos de identidad cristiana*, Verbo Divino Estella 2010, pp. 80-82.

² J. DUNN, *Christianity in the making. V.I Jesus remembered*, Eerdmans, Grand Rapids 2003.

Iglesia es misterio...es decir, realidad penetrada por la divina presencia, y por eso siempre capaz de nuevas y más profundas investigaciones”³

Si esto es así para la Iglesia en general, lo es también para nuestro proyecto dentro de la Iglesia. El documento Taller: modelo operativo de 1993, fruto de un camino largo de reflexión y cambios, evidenció para nosotras que volver a los orígenes no suponía repetir lo mismo que había hecho la primera comunidad de Siervas de San José y que el taller histórico de Bonifacia había de convertirse en paradigma de actuación y no de imitación⁴.

El taller como ámbito de convocatoria y pertenencia

El espacio del taller se convierte en el modelo operativo de nuestra vivencia del carisma y de su proyección apostólica. Más allá del lugar histórico y real, se convierte en punto de referencia a la hora de diseñar el cómo y el desde donde vivir el seguimiento de Jesús desde el carisma josefino. Desde los valores que emanan de él, se definen las relaciones, los ámbitos de convivencia, el tipo de organización y el modo de compromiso. Es, en definitiva, el modo concreto que sustenta y define nuestro modo de vida cristiano y perfila nuestro sentido de pertenencia grupal.

Desde la fundación el carisma se ha vehiculado preferentemente de la mano de las Siervas de San José, pero llevaba en sus entrañas esa otra dimensión que es la laical. Como siempre ocurre en la historia, nada puede vislumbrarse en su totalidad en un momento determinado, sino que aún en sus propios comienzos, quedan cosas en germen, que en otros espacios futuros, podrán visibilizarse y desarrollarse. Así ocurrió con el carisma josefino.

La propuesta en el ámbito de la Congregación

Salvando las distancias históricas y las imprecisiones en los datos de los comienzos, quisiera aventurar una propuesta de relectura de los orígenes desde el marco que acabamos de plantear.

La carta Magna de la Congregación son las Constituciones de 1874. En ellas se diseña el cómo y el desde dónde se va a encauzar el proyecto, en ellas se define lo profano y sagrado de un modo nuevo y se plantea una nueva forma de relaciones y de participación en el proyecto. Ambas novedades vienen definidas por el espacio y la organización del Taller.

Estas constituciones definen dos tipos de miembros en el taller:

Las religiosas, que a la vez pueden ser: Maestras industriales y ayudantes de maestra

Las religiosas serán de dos clases, Maestras industriales y Ayudantas de maestra (C. nº 3)

Las no religiosas: que se pueden incorporar al proyecto de tres formas diferentes:

- a) Mujeres mayores con pocos medios

³ *Discurso de apertura*, n. 23, septiembre, 1963. En Concilio Vaticano II. Documentos, Madrid 1966, p. 963.

⁴ Taller Modelo Operativo, 1993, p. 6.

Podrán ser admitidas en el establecimiento las personas de mayor edad, que no siendo pobres para entrar en algún asilo de beneficencia, ni con suficientes recursos para vivir por sí solas con algún desahogo, deseen recogerse a vida retirada, cooperando con su trabajo al sostenimiento del mismo. Estas con el tiempo podrán, previos los dos años de prueba, emitir los tres votos pasando a la clase de Maestras o Ayudantas. (C. nº 5)

b) Otras mujeres: aprendices y acogidas

En las casas Talleres de Nazaret, serán asimismo admitidas las personas cuyo peligro se desea prevenir, y serán también de dos clases, aprendices y acogidas. (C.nº6)

Las aprendices se ejercitarán en los trabajos del oficio que se les enseñe. (C.nº7)

Las Acogidas serán las mujeres sin colocación o sin trabajo que quisieren afiliarse al Taller, cooperando al sostén del mismo con su trabajo las que fueren capaces del mismo; a las inválidas se las asistirá con toda caridad como a las que trabajaren. (C. nº8)

La primera novedad aquí es que al proyecto están convocadas personas con diferentes situaciones vitales y vocacionales. Unas con una clara vocación a la vida religiosa y otras necesitadas de tener un futuro.

La segunda novedad y más importante es que todas tienen un protagonismo en el proyecto. Ninguna es meramente destinataria del proyecto, sino que todas, de distintas maneras son agentes de ese proyecto.

Las religiosas por su vocación, las otras mujeres por su trabajo en el taller. Esta doble incorporación al taller, que en principio podría parecer que define quienes son las agentes y quienes las destinatarias, muestra sin embargo un germen profético en su interior. El nº 10 dice lo siguiente:

La asociación profesará la vida perfectamente común. No habrá más que un fondo a favor de la casa, con el cual se proveerá a todas las necesidades del establecimiento y de sus moradoras.

Todo ello nos habla de que la pretensión del proyecto es que todas sus moradoras compartan:

- ⇒ El espacio común de vida y de trabajo
- ⇒ Una economía común y solidaria

Además los números siguientes definen también:

Una espiritualidad compartida:

Las hermanas y acogidas confesarán una vez a la semana, comulgarán en los domingos y días de fiesta y en los demás que el Director espiritual de acuerdo con la Superiora les permitiere. (C. nº 13)

En los días festivos emplearán las horas que en los demás dedican al trabajo, en ejercicios espirituales y recreaciones y entretenimientos útiles a juicio de la Superiora de acuerdo con el Director espiritual. (C. nº 14)

- ***Un liderazgo común:***

No habrá en la casa más voz que la de la Superiora o su suplenta, a quien todas las hermanas y acogidas deberán obedecer. (C. nº 16)

Un estatus social similar simbolizado en el vestido:

El vestido de las hermanas será el traje que usan las artesanas del país, pero uniforme: de color negro para salir a la calle, y pardo para el interior de la casa llevando por distintivo una medalla de plata grande con las imágenes de la Santísima Virgen y de San José colgada del cuello. Las demás acogidas usarán el mismo traje sin la medalla exterior. (C. nº 12)

Superando las restricciones de género de la época que separan drásticamente los espacios femeninos de los masculinos y los elementos propios de la espiritualidad del momento podríamos recontextualizar estos datos diciendo:

- Hay una incipiente propuesta de proyecto común desde una espiritualidad y trabajo compartido.
- Hay un diseño más o menos definido de relaciones igualitarias, solidaridad y fondo económico común.
- El taller es el espacio común de pertenecía y compromiso que abre una puerta en el muro de separación entre el “convento” y la “plaza”.

Volviendo a nuestro presente nos encontramos con que, a partir del Vaticano II, se le reconoció a los/as laicos/as su derecho a tener una vocación y con ella una igualdad de estatus con el resto de las vocaciones en la Iglesia⁵.

Además, los estudios bíblicos e históricos han puesto en evidencia que en las primeras comunidades cristianas había diferentes carismas y ministerios, pero un común seguimiento de Jesús⁶.

Existen hombres y mujeres cristianos que sienten la llamada a vivir su fe desde carismas, vividos hasta ese momento casi exclusivamente por religiosas/os, y los quieren vivir con la misma hondura y radicalidad que los religiosos, pero desde su propia vocación laical.

Todo ello a nosotras, como SSJ, nos ha desafiado y nos sigue desafiando y, como veremos mañana, nos ha impulsado a hacer un proceso de reflexión y de vida que hoy ha culminado en la formulación del O.E. “Integración SSJ-Laicos/as” del que mañana también hablaremos.

⁵ JUAN MARTÍN VELASCO, “Espiritualidad laical en una cultura de laicidad y religiosidad plural” en ELISA ESTÉVEZ LÓPEZ (Coord.), *Hombres y mujeres de espíritu en el siglo XXI*, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2012, pp. 182-183.

⁶ RAFAEL AGUIRRE MONASTERIO, *Así empezó el cristianismo*, Verbo Divino, Estella, 2010.

Quiero ahora hacer una reflexión sobre algunos de los rasgos carismáticos releídos desde la común vocación y desde los nuevos paradigmas teológicos.

II. Seguir a Jesús desde la experiencia de Nazaret

“Perpetuar el modo de vida de Jesús que con María y José trabaja en Nazaret”

1. Seguimiento de Jesús como punto de partida.

Si el seguimiento de Jesús es el punto de arranque de toda experiencia cristiana, no lo puede ser menos para la experiencia josefina. Todos los miembros de la Familia josefina estamos vinculados de raíz por nuestra opción de seguimiento de Jesús con la misma radicalidad y coherencia. Los distintas formas que asumimos expresan el modo existencial concreto de vivirlo: Religiosas o Laicos/as, pero siempre desde el mismo horizonte carismático y no desde distintos puestos jerárquicos. Todas y todos somos seguidores/as de Jesús empeñados/as en defender que otro mundo es posible desde la genuina propuesta de Jesús, que él definió en la proclamación del Reino de Dios y encarnó en su acción.

A partir de Jesús de Nazaret, se han ido proyectando modos y formulaciones diferentes de vivir en cada contexto cultural y desde las plurales experiencias personales y colectivas, la hondura y riqueza de su mensaje. Todos esos modos han ido generando espiritualidades diversas que fueron definiendo caminos peculiares de ser cristiano, es decir, de seguir a Jesús. El carisma josefino es uno de esos modos concretos de seguimiento de Jesús, que prioriza una dimensión peculiar de la espiritualidad cristiana. Esta dimensión es Nazaret.

El hecho de priorizar y concretar un aspecto de la vida de Jesús y de su mensaje no supone aislarla del resto, sino vivirla a la luz de su palabra y de su praxis. Nazaret, por tanto, hay que leerlo desde el núcleo central de su predicación: el Reino de Dios y desde las opciones concretas de su vida.

La mirada al Reino de Dios desde Nazaret supone elegir una clave concreta desde donde leer la realidad (paradigma) y desde ahí orientar el seguimiento, cambiar el mundo y encontrar a Dios.

a) **El Reino de Dios.** Es indudable que la expresión Reino de Dios es central en Jesús. Y fue la brújula que orientó su vida. La dificultad está en entender exactamente qué significa esa expresión, pues, de ella se han dicho muchas cosas e incluso en la Biblia no tiene un solo significado, sino que más bien es un símbolo que puede utilizarse de varias maneras⁷. El Reino de Dios es una forma de decir Dios. Es la expresión que formula un aspecto concreto de su ser: su acción salvadora. Siempre, para el mundo judío, la salvación de Dios acaecía de forma concreta y visible⁸. Como ejemplo están los profetas⁹ o la misma historia de Moisés.

⁷ RAFAEL AGUIRRE MONASTERIO, *Del movimiento de Jesús a la Iglesia Cristiana. Ensayo de exégesis sociológica del cristianismo primitivo*, Verbo Divino, Estella2001, pp. 53-79.

⁸ JOSÉ RAMÓN BUSTO SAINZ, *Cristología para empezar*, Sal Terrae, Santander 1991⁵, pp 45-51.

⁹ “*¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas noticias, que anuncia salvación, que dice a Sión: Ya reina tu Dios!*” (*Is 52, 7*).

Este Reinado tiene dos características concretas: denuncia la opresión y anuncia la misericordia y fidelidad absoluta de Dios. El hacer posible esta actuación de Dios en el mundo es cosa nuestra, pero incluso en eso, no vale cualquier cosa. Hay un solo modo válido para encarnar el reino, el de Jesús, y éste pasó por la cruz y puso como bandera desde donde actuar el servicio. El Dios que él descubre se opone frontalmente a la injusticia que se está ejerciendo contra los más débiles, tanto social como religiosamente. Por eso, para él no se puede acceder a Dios sólo aislando en el ámbito de lo sagrado, sino que irrumpen en lo profano haciéndolo lugar de encuentro con él y de transformación.

b) La nueva familia de Jesús. Jesús, cuando en su vida itinerante proclama el Reino de Dios, lo va a visibilizar en un doble espacio: un nuevo grupo familiar, y en unos criterios relacionales, a menudo descritos en espacios referidos a la casa: las comidas, el servicio, la paternidad de Dios.

Esta visibilización y su consecuente opción van a llevar a Jesús a crear una familia alternativa donde las relaciones se igualan desde el servicio y se viven desde el compartir y la gratuidad. La nueva familia de Jesús brota de haber escuchado su mensaje: “mi familia son los que escuchan la Palabra de Dios” y ponerla en práctica. Ya no hay padres, ni jefes sino que el modelo de referencia son las mujeres, los niños y los eunucos. Todos los que viven al interior de la casa sin poder y con pocos derechos.

El anuncio del Reino vino marcado para Jesús con la propuesta audaz de una comunidad alternativa. Todo el proceso de discipulado que él inició, se basó en la invitación de crear una nueva familia (Mc 3, 31-35). Cuando proclama que su familia es quien cumple la voluntad del Padre, no está rechazando a su familia biológica, sino que está denunciando los valores en los que estaba asentada la realidad familiar en su tiempo. La voluntad del Padre para Jesús era el Reino y cumplir su voluntad era posibilitar una nueva comunidad donde fuese posible¹⁰.

La familia en el siglo I estaba sostenida por relaciones desiguales, donde el padre ejercía la autoridad y del que dependían todos los miembros de la casa. Nadie podía vivir al margen de la estructura familiar, porque de ella dependía su identidad y su subsistencia. Jesús va a proponer una nueva familia (comunidad del reino) que va a trastocar lo establecido¹¹. Existe un único Padre para todos/as, un padre que él llama Abbá y que tiene entrañas maternas (Parábola del hijo prodigo), que perdona siempre y sólo desde él se puede construir la casa. Y una nueva identidad la de hijo/a y unas nuevas relaciones, la de hermanos/as (todos somos iguales) y madres (cuidado y acompañamiento), desde una sola actitud, la del servicio.

Y esto Jesús no lo descubrió de casualidad sino que lo fue viviendo y construyendo en Nazaret junto a María y José. Y esto está espléndidamente proclamado en José y María.

c) Familia: el ícono del Reino (Mc 10, 29-31)

¹⁰ HALVOR MOXNES, *Poner a Jesús en su lugar. Una visión radical del grupo familiar y el Reino de Dios*, Verbo Divino, Estella 2005.

¹¹ SANTIAGO GUIJARRO OPORTO, *Fidelidades en Conflicto. La ruptura con la familia por causa del discipulado y de la misión en la tradición sinóptica*, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 1998.

José, el hombre que hizo lo que no se esperaba de él: El evangelio de la infancia de Mateo tienen como protagonista a José y lo describe como un hombre justo, es decir, fiel a la voluntad de Dios. Pero si leemos despacio las narraciones, descubrimos que su fidelidad lo lleva a transgredir lo que se esperaba de un buen judío. José vive la incertidumbre entre los principios heredados y lo nuevo que surge ante él. Como varón, se le pide que defienda el honor familiar repudiando a María. Sin embargo, él, con temor y temblor, opta por construir una nueva familia desde el respeto a la dignidad de María, construyendo juntos un hogar para Jesús. Como cabeza de familia, debe dar estabilidad, honor y futuro a su familia, pero él opta por la inestabilidad y la novedad: se deja guiar, discierne y renuncia al honor comenzando su camino familiar desde los últimos, en las afueras de Belén. Y eso será lo que Jesús propone después a sus discípulos y discípulas.

María, la mujer que proclamó lo que no se esperaba de Dios: Ella es la protagonista en el evangelio de Lucas y ahí descubrimos como cuando ella asume la sorprendente manera que Dios tiene de encarnarse y la opción decidida que hace por una mujer sencilla como ella. Su respuesta es el Magníficat, que no es más que el canto a la sorprendente manera de actuar de Dios: que opta por los sencillos/as (Mt 11, 25-30), que su honor es la misericordia y, por eso, trastoca el orden establecido. Ese nuevo orden que María proclama en el Magníficat, es el que Jesús propone cuando proclama el Reino y cuando instruye a sus discípulos/as.

El nuevo rostro de Dios que Jesús anuncia y que lo lleva a ser blasfemo en una cruz y el estilo de vida que propone a sus seguidores/as y que lo sitúa como trasgresor del orden establecido, se habían fraguado junto a José y María en Nazaret.

Tener como modelo de convivencia a la familia de Nazaret es altamente subversivo y contra cultural. Tener un estilo familiar como el de los habitantes del taller de Nazaret es construir un modelo nuevo de familia y de comunidad, desde la justicia de José y el Magníficat de María en la perspectiva del Reino.

2. El Reino de Dios también se encarnó en Nazaret

La experiencia de Dios, la vivencia de los valores del reino se concretan para nosotros/as en un proyecto que llamamos Nazaret. Nazaret evoca un momento de la vida de Jesús. Un momento largo y poco conocido pero extremadamente crucial en todo el itinerario vital de Jesús. La acción pública y la palabra que pronuncia por Galilea e, incluso, su final, están ligadas a su origen nazareno y a lo que allí vivió y compartió. Su lugar social, su familia y el Dios que fue descubriendo en sus largos años vividos en la aldea de Nazaret diseñaron y definieron sus opciones y personalidad.

a) Nazaret fue el lugar primario de Jesús y está llamado a ser el nuestro. Un lugar no es sólo un espacio físico, sino el ámbito desde el que nos vivimos, actuamos y nos conformamos en lo que somos. Desde ahí creamos las fronteras desde las que nos relacionamos, comprendemos la realidad, y definimos nuestra identidad y la identidad de Jesús es el de ser nazareno.

Nazaret se define como la casa y la familia de Jesús. Esto, en el contexto del siglo I, es fundamental porque la casa lo es todo para una persona, nadie se entiende fuera de su

grupo familiar¹². En ella se vive, se trabaja y se cree en Dios. Lo que hoy definiríamos como hogar y taller. Sin entrar en los datos históricos de su vida, que poco podemos saber de esos años, lo que vamos a ver son los elementos fundamentales que se desprenden de ese lugar del que proviene Jesús, cómo informaron su vida y cómo pueden informar la nuestra.

b) El taller de Nazaret, más que un lugar histórico concreto, es un espacio simbólico que diseña un ámbito de relaciones sociales y laborales, enmarcadas en una opción por el vivir desde el no poder (la aldea es un lugar de no poder) y por colocar a Dios en lo más profano y cotidiano de la vida. El taller es el lugar público de las relaciones y una señal de ocupación. Nazaret es el lugar periférico de la sociedad y de la religión¹³. El taller es el ámbito dentro del entorno familiar más público y donde se visibilizan y se generan gran parte de las relaciones sociales, se define el estatus y la ocupación.

Nuestra opción, por tanto, para vivir el taller de Nazaret es vivir desde los valores del Reino, optando por los más pobres. Porque sólo teniendo como referencia los lugares fronterizos es posible saber cómo encarnar la utopía del Reino. Por eso, son bienaventurados los pobres, los perseguidos...no por el hecho de serlo, sino porque esas bienaventuranzas nos sitúan en el horizonte de felicidad del reino y los costes que apostar por ella supone. Porque Nazaret no es un lugar de poder, erigirlo como referente de actuación choca con las naturales evidencias de los lugares donde se trasforma el mundo y donde uno se encuentra con Dios. Y esto supone confrontación, pero también utopía.

Cuando el Reino se encarna en un Taller, se encarna en nuestro lugar de trabajo y vida, y esos lugares han de ser modificados y confrontados con los criterios de Reino. El Taller, lugar donde ora y trabaja la familia de Nazaret, no es un lugar pacífico sino subversivo, porque se trabajará de forma diferente y se creerá en Dios de forma diferente.

c) La comunidad- taller: El seguimiento de Jesús sólo es posible desde una comunidad que posibilite la vivencia de los valores del Reino. Jesús vive en Nazaret en el seno de un grupo familiar y, cuando lo abandona, busca enseguida un nuevo grupo con quien vivir y proclamar el Reino de Dios. Esta referencia grupal visibiliza su praxis y su mensaje.

Cuando la comunidad se vive desde el taller de Nazaret, se condensan la doble referencia grupal de Jesús: familia y grupo de referencia. En ella se viven las relaciones y se proyectan en el compromiso. En ella se ahonda la experiencia de Dios que alimenta la vida personal y desde la que se lee la realidad. Ella sostiene las opciones personales e impulsa las colectivas.

Vivir la Comunidad-Taller es descubrir que esa oferta de salvación (nuestra felicidad), que pone en nuestras manos, sólo puede ser vivida con otros/as, pues, nos ha creado para la alteridad (Génesis) y nos ha hecho hijos/as en el hijo, es decir, miembros de la nueva familia del reino, que sólo es posible entre hermanos/as, desde relaciones de igualdad, con compromisos mutuos y un proyecto común.

¹² BRUCE J. MALINA, *El mundo del Nuevo Testamento. Perspectivas desde la antropología cultural*, Verbo Divino, Estella 1995.

¹³ JOAQUÍN GONZÁLEZ ECHEGARAY, *Jesús en Galilea. Aproximación desde la arqueología*, Verbo Divino, Estella 2001.

III. Una espiritualidad encarnada

“Procurando nuestra propia santificación y la de los demás mediante la oración y el trabajo religiosamente hermanados”.

“Siendo nuestro modelo y ejemplar aquella pobre morada en donde Jesús, María y José ganaban el propio sustento con su trabajo y el sudor de su rostro” (C. 1874)

1. Elementos carismáticos

a) Hermanar oración y trabajo. Esta expresión es un eje transversal del carisma josefino y refleja el dinamismo que unifica en el ser humano lo profundo con lo concreto, el esfuerzo con la esperanza. En los orígenes del proyecto josefino, la propuesta de hermanar oración y trabajo nace en el contexto de la progresiva distancia que la revolución industrial había generado entre trabajo y realización humana. La progresiva confrontación entre trabajo y capital, la emergencia de una nueva identidad obrera y la aparición de la máquina como un elemento distorsionador de las relaciones y de las condiciones laborales, van a crear una gran fractura entre la vivencia del trabajo y el proyecto humano. En este contexto Butinyà, preocupado por dar una respuesta desde la fe a este desafío, encuentra en el taller un espacio donde hermanar oración y trabajo, recreando desde ahí una experiencia en la que Dios sostiene desde dentro de la historia al ser humano, impulsándolo a la plena humanización de su vida, no desde los medios, sino desde el ser que lo define como persona que es. Desde ahí, es posible construir sentido y caminos de lucha para lograr que el trabajo sea un ámbito de transformación social y posibilite cauces de dignificación y realización personal.

El verbo hermanar está en el mismo campo semántico de hermano/a y, por tanto, hacer referencia a un tipo peculiar de relaciones, las que se entablan desde la igualdad (fraternal y sororal) generadas en el ámbito del parentesco, de la cercanía y el cariño. De la misma manera que dos ciudades se hermanan porque han descubierto lo que tienen en común, este verbo proyecta una clave de compromiso mutuo, de presencia compartida, de caminos conjuntos. Si en la propuesta josefina lo que se hermana es la oración y el trabajo, tenemos que pensar que no puede ser una acción individual, que yo conmigo mismo/a santifique mi trabajo uniéndolo con la oración, sino que el hecho de que lo que se propone sea hermanar, colorea de una manera peculiar la relación entre oración y trabajo: La experiencia personal de Dios, mi oración, se convierte así en una realidad comunitaria cuando se hermana con el trabajo, y mi trabajo, mis tareas, mi realización personal se transforman en un camino de construcción de fraternidad y sororidad que redefine mis horizontes y mis opciones.

Hermanar oración y trabajo es la savia que alimenta la construcción del taller. No es un mero propósito espiritual para hacer presente a Dios en el trabajo, es algo mucho más radical, es vivir la experiencia honda de que Dios sostienen la vida y la recrea junto a nosotros/as en cada instante, que acompaña nuestra libertad y nos está haciendo ser lo que somos.

Hermanar oración y trabajo es, en el carisma josefino, una seña de identidad comunitaria, con vocación de propuesta alternativa, que nace de nuestra opción creyente y se proyecta en la vida cotidiana como elemento dinamizador de nuestra lucha por transformar las estructuras injustas e ir creando pequeños espacios justos y solidarios.

Hermanar oración y trabajo es dejarse interpelar por el Dios Abbá de Jesús, haciéndonos sus seguidores/as en la vida, evitando que la oración se convierta en un mero ejercicio ascético o devocional, sino en un espacio provocador e interpelador personal y comunitariamente. Hermanar oración y trabajo es encontrarse con Dios en ese espacio tan humano como es el trabajo y no dejar que se convierta en una carga ni en una mercancía, y menos en un ámbito de opresión, sino en un lugar donde subvertir los valores y generar comunidad.

b) **Nazaret.** El humus donde se asienta la espiritualidad (estilo de vida y de fe) josefina es en los años vividos sin protagonismo por Jesús en Nazaret, de los cuales se ha dicho y escrito mucho con afán de justificarlos. Pero, sin pretender anular la importancia del esfuerzo interpretativo de esas páginas evangélicas, una sola cosa me parece fundamental: Nazaret remite a la simple historia humana. Allí es donde Jesús aprendió a ser hombre y no en abstracto, sino a ser él mismo.

Por otro lado, la profunda teologización de las raíces humanas de Jesús no sólo pretendió justificar la diferencia del Mesías, sino enraizar en la historia la salvación de Dios. Un elemento profundamente anclado en la teología de Israel que entendió desde sus comienzos que Dios no se revela al margen del acontecer histórico, sino precisamente en ese mismo acontecer, y de ello abunda en ejemplos el A.T.

Jesús toda su vida fue “el Nazareno” (Mt 2,19-23) y eso marcó su vida y así, cuando él volvió a Nazaret, fue confrontado por su pueblo: ¿no es éste el hijo del carpintero? (Mt 13,53-58) y fue cuestionado desde su cotidianidad y eso es lo que a veces nos asusta, el ser familiares y por ello vulnerables, y él lo fue. Nunca dejó de ser el nazareno, aunque no fuera profeta en su tierra, y ése es el gran reto: *ser profeta humano, en lo humano y desde lo humano* y ése es también el gran desafío de Dios: *estar en la raíz de nuestra humanidad, no en la nube de su cielo*. Y todo única y exclusivamente por amor.

Hoy, ser memoria de Nazaret supone salir al encuentro de la gente, dejarse interpelar, querer y dejarse querer, asumir el esfuerzo de cada día y, desde ahí, ser testigos de un Dios que se hace horizonte de felicidad. Nazaret o lo es todo o no es nada, pues tras esta palabra se encierra toda una forma de entender la vida, de comprender al ser humano, de descubrir a Dios. Los valores que emanen de Nazaret quedan fosilizados si no se viven desde una pasión existencial por el ser humano, si no son expresión de haber tocado fondo en nuestra experiencia de ser hombres y mujeres de carne y hueso. Sólo así, podrá ser escuchado nuestro relato en medio de la historia dinámica y cambiante que nos toca vivir.

c) **Un paradigma existencial: Marta y María** (Lc 10, 38-42). Ese relato de Lucas a menudo ha sido interpretado como los dos polos de referencia de la vida cristiana: la contemplación y la acción. Dos polos que parecen estar en contradicción y que, por tanto, hay que optar por uno. En esa oposición se situaron las dos vocaciones cristianas fundamentales: la laical (acción) y la religiosa (contemplación) Pero de lo que realmente está hablando el texto es de las dos dimensiones fundamentales del seguimiento de Jesús: la escucha de la palabra y el servicio. La escucha de la palabra nos hace miembros de la nueva familia de Jesús (mi madre y mis hermanos son los que escuchan y cumplen la palabra de Dios) y el servicio fundamenta las reglas de juego en esa familia (“he venido a servir y no a ser servido”).

Las fuertes palabras de Jesús a Marta, cuando se queja de que María no le ayuda, no están relativizando el papel de Marta sino poniéndolo en su lugar. Solo se puede vivir bien el servicio si se hace desde la escucha atenta de la Palabra de Dios, es decir, el servicio sólo es válido si brota de la experiencia de fe. Aunque hagamos las cosas por Jesús, no se pueden hacer de cualquier modo, sino desde el referente de su palabra que debe de ser escuchado, discernido, aprendido¹⁴.

En nuestro común seguimiento de Jesús como familia josefina nos encontramos con dos modo diferentes de afrontarlo: laical y Vida Religiosa. Ambos modos no son complementarios, sino que deben vivirse interconectados como vasos comunicantes que se enriquecen mutuamente. Las monjas no son las contemplativas y los/as laicos/as los de la acción. Todos/as debemos ser contemplativos/as en la acción. Vivir desde la experiencia de fe y actuar en la realidad. Desde donde lo hacemos es lo que nos diferencia.

Marta y María actúan desde lo cotidiano y ahí entra Jesús. Su conflicto es propio de su lugar social y de las relaciones en él. Ellas son discípulas cotidianas de Jesús que ejemplarizan donde se sitúa generalmente la fractura dentro de la comunidad y desde donde hay que afrontarla: desde la fe, por eso, es la mejor parte. Eso es lo que hace que el compromiso y la vida comunitaria sea realmente cristiana. Eso es lo que hace que una comunidad sea taller, que hermane oración y trabajo.

d) Referentes éticos para una comunidad alternativa

Aquí intento presentar algunos hilos con que se teje el tapiz del estilo josefino. Son pequeñas teselas de un gran mosaico, que hay que entender unas engarzadas en otras, porque unas iluminan y confirman a las otras.

Sencillez: una propuesta de felicidad (Mt 5, 3-11). Sencillez nos suena a menudo a descomplicación, a falta de conflicto, a cotidiano y eso es verdad, pero a veces nos olvidamos de la carga de profundidad que esa palabra tiene. La sencillez es una actitud ante la vida que define el tipo de relaciones que queremos entablar y que nos obliga a bajar de los pedestales a los que nos subimos y a diferenciar entre autoridad y poder. Es decidirse a ver la realidad desde la altura de los pequeños y no pretender abarcarlo todo estirándose como un gigante. Es saber recibirla todo como don. Es no asumir la violencia como respuesta ni el poder como estrategia.

La proclamación de las bienaventuranzas es una explicitación de esta actitud. Sólo el que se configura humanamente desde la sencillez puede sentir a Dios trasformando su vida. Porque sólo así es posible actuar construyendo paz aunque se esté perseguido/a. Porque es la única manera de arriesgarse a vivir vulnerable y necesitado/a y así ser capaz de ternura. Porque sólo así la tristeza, el mal, la injusticia no se adueñaran de nuestro corazón. Siendo sencillos/as nos sentiremos consolados/as, heredaremos el futuro, nos acogeremos en las buenas manos de Dios y lo descubriremos en la vida, y viviremos el aquí y ahora del Reino. Sin embargo, en un mundo prepotente y violento como el nuestro, que estratifica las relaciones desde el poder, que ignora lo débil y enaltece a los satisfechos, ser sencillo/a es una provocación, que mina desde abajo las razones de los/as poderosos/as, que molesta y que a menudo se intenta utilizar y abusar de la bondad que atesora. Militar en la sencillez es renunciar a los privilegios, enfrentar sin armas a los/as

¹⁴ CARMEN SOTO VARELA “Presencia y relevancia de las mujeres ricas en la obra de Lucas”, *Reseña Bíblica* nº49, 2006, 31-41.

poderosos/as y defender la bondad del corazón sin que el odio y la venganza nos la roben (Mt 11,29). Todo ello supone lealtad y compromiso, supone fe y esperanza, supone ser incomprendido/a e incluso ser perseguido/a (Mt 5,11), pero esa es la ética del Reino y esa es también la ética del taller josefino y su desafío.

Humildad: la debilidad de Dios (1 Cor 1,17-2,5). Cuando nos sabemos poseedores de la verdad o de la razón, tenemos la tentación de mirar por encima del hombro, poniendo en evidencia a quien está equivocado/a. Cuando dominamos un campo del saber o de la experiencia, tendemos casi sin querer a avasallar con nuestra sabiduría aunque no pretendamos imponernos y es ahí donde la humildad actúa de correctivo de esos puestos de primera fila que a veces pretendemos otorgarnos. Algo así le pasaba a la comunidad de Corinto cuando Pablo les propone el discurso de la cruz. La máxima debilidad de la cruz se presenta como la máxima fortaleza de Dios. La locura de un Dios que se revela en la cruz se convierte en una sabiduría nueva. Ese es el mensaje y ese es el lugar de la humildad que ahora se propone como actitud para construir la comunidad (1 Cor 1, 26-30) y como estrategia para evangelizar (1 Cor 2,1-5). Asumir la humildad como medio de afrontar el conflicto convierte el silencio en resistencia y la bondad en don. Narrar los caminos de humildad que brotan en nuestra vida supone anunciar al Dios débil que se encarnó en Nazaret y permanecer afincados/as en la esperanza y la confianza.

Cotidaneidad: Encarnar la utopía (Jr 32). Cada vez que se ojea el periódico parece más lejana la posibilidad de un mundo feliz y la esperanza queda limitada a construir pequeños oasis afectivos donde el placer inmediato y las metas al alcance de la mano se convierten en normas de conducta y de supervivencia. La espera de un cielo nuevo y una tierra nueva donde habite la justicia es hoy, más que nunca, un desafío para los/as creyentes, que no estamos vacunados/as contra la tentación de convertir realismo en desesperanza. Es urgente, pues, recuperar la fe en el futuro, sin sentimentalismos ni ingenuidad, sino con creatividad, confianza y audacia, trasformando en recuerdo subversivo la experiencia pascual.

Vivir esta tensión desde la vida cotidiana es el gran desafío del carisma josefino. A menudo parece que sólo se cambian las cosas desde los lugares de influencia o con poder, así nos ha enseñado la historia cuando nos la cuentan desde los vencedores y desde sus líderes, sin embargo, debajo hay otra historia, la de la gente de a pie, que va como las aguas subterráneas socavando a su manera lo que impide la vida y un futuro mejor.

El profeta Jeremías, en uno de sus peores momentos (estaba preso), es invitado por un pariente a comprar un campo en su pueblo natal. Una acción aparentemente profana se convierte en una acción simbólica, que anuncia la posibilidad de un futuro diferente. Un momento de impotencia y desastre, como el que vive, es transformado en oportunidad para apostar y proclamar la esperanza.

Este es el enfoque, convertir los pequeños actos en utopía, sostener la esperanza en los pequeños gestos diarios. Vivir encarnado la utopía sin pretender pasar a los libros de historia, ni saltar a la fama. Seguir creyendo en ella aunque pretendan arrancárnosla.

Desde esta perspectiva, el camino recorrido por Bonifacia en el taller de Zamora se convierte en lugar teológico a la hora de buscar marcos de referencia que animen a dar sentido a las pequeñas realizaciones que, si bien en su inmediatez son insignificantes, pueden ser recuerdo de esperanza, pues si es verdad que tras la experiencia de Zamora el

mundo no alcanzó la utopía, quedó dicho que es posible empeñar la vida en pequeños sueños que sean luz hasta donde alcancen, y se conviertan en recuerdos subversivos de que nada se pierde ni es inútil cuando se ha puesto en ello toda la vida. Zamora es la profecía externa que anuncia que la utopía no está en el futuro incierto, sino que se encarna en el amor de una vida que llega al final sin perder la confianza y la bondad.

Fe: Arriesgarse a confiar (Mc 5,25-34). Para la Biblia la fe no es asumir dogmas y verdades o profesor una religión, para la Biblia la fe es confianza y su contrario es el miedo. A veces hemos puesto la fe en cumplir preceptos o mandamientos y nos dejábamos guiar por lo que venía de afuera y no la vivíamos como una opción personal que marcaba a fuego nuestra existencia y que nos exigía un diálogo continuo con Dios y una permanente actitud de confrontación con la realidad. Eso ha achicado nuestra conciencia creyente, pues si bien el cumplimiento aportaba una cierta tranquilidad, nos inhibía a menudo de toda responsabilidad personal en el anuncio de nuestra fe y en su maduración. La fe vivida de esa manera adormece y se quiebra en los momentos de dificultad o sin sentido. Sin embargo, la fe que reclama Jesús a sus seguidores/as es la que nace de la tradición bíblica, la que nos empuja a confiar como lo hizo la hemorroisa (Mc 5,25-34), que, trasgrediendo las normas establecidas, tocó el manto de Jesús y le arrancó la curación y él la confirmó diciéndole: Hija, tu fe te ha salvado¹⁵. Esa es la fe auténtica, la que asume el riesgo, la que confía, la que da un paso al frente, la que espera contra toda esperanza, Vivir así la fe nos sitúa de forma diferente ante la vida y ante Dios. Ya no hay evidencia sino certezas que nos sostienen en el camino y nos hacen audaces y comprometidos/as. No esperaremos de Dios milagros ni nos escandalizaremos de su presunto silencio en los momentos difíciles. Pero buscaremos compartirla con otros/as, celebrarla en comunidad porque hemos descubierto también en nuestra vida la Buena Noticia y eso nos ha cambiado la vida y nos ha hecho protagonistas audaces del hoy de la historia.

El taller josefino necesita hombres y mujeres con este tipo de fe desde la que enraizar los valores alternativos que el taller anuncia y arriesgarse a vivirlos.

Amor: Criterio de actuación (Rm 12, 9-21). Con todo lo que llevamos dicho, sólo se puede esperar como última opción, el amor. Así lo piensa también Pablo cuando escribe a los romanos. Después de un arduo discurso teológico sobre la salvación que ha dado más de un quebradero de cabeza a los estudiosos, el apóstol plantea cómo se vive y se transmite esa salvación y lo resume en una sola frase: que vuestro amor no sea una farsa, es decir, tomaos en serio el amor. Y a continuación va a explicar dónde y cómo se verifica que se ha tomado en serio el amor:

- ⇒ En los procesos de discernimiento de la vida (12,9)
- ⇒ En la gratuidad (2,10)
- ⇒ En el servicio (12,11)
- ⇒ En la alegría, esperanza y fe (12,12)
- ⇒ En la hospitalidad (12,13)
- ⇒ En ser bendición para el otro (12,14)
- ⇒ En hacer nuestra la experiencia del otro (12,15)
- ⇒ En la sencillez (12,16)
- ⇒ En el perdón (12,17)

¹⁵ ELISA ESTÉVEZ LÓPEZ, *Mediatoras de sanación. Encuentros entre Jesús y las mujeres. Una nueva mirada*, San Pablo-Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2008.

- ⇒ En la paz (12,18)
- ⇒ En la no venganza (12,19)

Y al final resume: “No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal a fuerza de bien”. Esto es amar y esto lo dice en singular para que se viva como actitud personal que asume en las anteriores respuestas comunitarias.

Esta es la clave que hace posible y da sentido a todo lo anterior. No es un amor general, es un amor concreto y eficaz. Es lo que hace posible la ética del taller y lo convierte en propuesta alternativa, no por su eficacia, sino por el espacio de bendición que genera a partir de unos valores que brotan desde abajo y se encarnan en una respuesta cotidiana, pero audaz. Una respuesta nazarena que sueña con cambiar la realidad desde el trabajo hermanado con la oración y convertirse en promesa y bendición para el mundo trabajador pobre, especialmente para la mujer.

IV. El taller como paradigma para el compromiso

1. Mundo trabajador pobre

Si hermanar oración y trabajo era el eje transversal del carisma y Nazaret el humus donde se enraíza, el mundo trabajador pobre es la realidad hacia donde orientar nuestro compromiso. ¿Por qué? Pues, porque él mismo es la pregunta que hizo nacer la respuesta del proyecto josefino.

La gran inquietud de Butinyà es la promoción y significación del mundo trabajador y pobre y la apuesta encarnada en la vida y obra de Bonifacia es la que nace de la opción enraizada desde y para el mundo trabajador y pobre.

Comprometerse y optar por el mundo trabajador y pobre supone hoy para nosotros/as como familia josefina:

⇒ Convertir el dinamismo espiritual que emana de hermanar oración y trabajo en una opción radical por los/as que no tienen trabajo, por los/as que lo viven en condiciones injustas, luchando contra los abusos laborales, por las discriminaciones raza, género o cultura porque el rostro de Dios que emana de nuestra oración tiene manos y mirada trabajadora y pobre.

⇒ Entender el seguimiento de Jesús, como un estar con él donde él estuvo, es decir, en las fronteras sociales, sanando, acompañando y transgrediendo todo aquello que impide la felicidad de los seres humanos. Y desde el carisma brota una frontera preferencial, la que genera el mundo laboral y de mercado, sostenido por unas estructuras económicas injustas, marcadas por sistemas sociales patriarcales y la prepotencia cultural del norte sobre el sur. Generar plataformas alternativas desde la dinámica del taller, que potencie la inclusividad, la solidaridad y la promoción desde y con el mundo trabajador y pobre¹⁶

⇒ Vivir un estilo de vida que testimonie esta opción preferencial y discierna a partir de ella.

¹⁶ Una experiencia desde aquí la tenemos en Taller de Solidaridad.

⇒ Descubrir que Dios se encarna para nosotros/as en el mundo trabajador y pobre, y ello nos desafía a escuchar la palabra de Dios a la luz del dolor, de la esperanza, de los sueños de este mundo, nos dará audacia y creatividad para encarnar el compromiso.

El trabajo es, por tanto, un lugar de encuentro con Dios y un espacio profético de anuncio de la Buena Noticia y de denuncia de lo que destruye al ser humano.

Vista así la perspectiva del Reino desde el taller de Nazaret, los lugares fronterizos que desde el debemos asumir son los del mundo trabajador y pobre, desde ellos debemos vivir los valores del Reino, discernir las opciones y comprometer nuestro seguimiento de Jesús.

Ese es el lugar social del reino encarnado en el taller de Nazaret, esa es nuestra perspectiva utópica de las Bienaventuranzas: bienaventurados/as los trabajadores/as porque de ellos/as son la familia de Dios.

2. El servicio como clave de actuación

El valor central de la cultura de Jesús es el honor. Un valor que se entiende como la estima que una persona tiene a los ojos de los demás y depende de su origen familiar y del lugar social que se ocupa. Este honor se mantiene y se acrecienta con gestos públicos de beneficencia y ejemplaridad.

La actitud y la persona de Jesús resultaban muy poco honorables según el baremo de aquella sociedad. Le echan en cara su origen innoble, y él a su vez va a ser muy crítico con el honor (Mc 12, 38-39; Lc 9, 9-14). Exhorta a buscar los últimos lugares y a hacerse como los esclavos y no como los señores y esto, teniendo en cuenta el alto concepto del honor en su sociedad, es terriblemente contracultural.

Esta actitud nace de su comprensión del Reino que proclama el servicio como clave de actuación:

“los que son tenidos como jefes de las naciones las gobiernan como señores absolutos y los grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino el que quiera llegar a ser grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será esclavo de todos, que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido sino a servir” (Mc 10, 42-45)

Con su típico lenguaje provocador nos enseña a imaginar un mundo diferente. Desde su peculiar experiencia de Dios sitúa todo en otro horizonte, descubre nuevas posibilidades e introduce una lógica alternativa, al de la gratuidad y el desinterés propio.

Los valores que nacen de esta nueva manera de ver la realidad y a Dios presidida por el servicio se diseñan en las bienaventuranzas no como normas sino como formulaciones utópicas y provocativas que pretenden señalar el horizonte pero que deben ser concretadas y desarrolladas en la vida.

Este servicio se concreta en el taller como expresión del lugar social desde donde queremos vivir las relaciones y hacia quienes orientamos nuestro compromiso.

Una praxis paradigmática: Tabita, la artesana (Hech 9, 36-43)

El relato de Hechos cuenta la curación, por parte de Pedro, de una mujer artesana que era modelo como seguidora: comparte el fruto de su trabajo y pone al servicio de la comunidad lo que es y tiene.

Su enfermedad va a confirmar su estilo de seguimiento, el seguimiento desde el trabajo compartiendo vida y bienes.

El honor se reconfigura, ya que es la gratuidad la que hace excelente su seguimiento y merecedora de la acción salvadora en ella, convirtiéndola en significativa para los que desde fuera ven el hecho¹⁷.

El relato muestra como el ámbito cotidiano de trabajo se convierte en camino de seguimiento y generador de comunidad. Y como una experiencia así se constituye en un lugar donde descubrir a Dios y un espacio de compromiso.

Carmen Soto Varela

¹⁷ CARMEN SOTO VARELA “Presencia y relevancia de las mujeres ricas en la obra de Lucas”, *Reseña Bíblica* nº49, 2006, 31-41.